

# EVA COLECTIVA

## REESCRIBAMOS EL CONTRATO SOCIAL

ESTEFANÍA PAOLA CUELLO<sup>1</sup>  
ARGENTINA

Toda mi vida odie las tareas de cuidado. Tuve que acercarme a la edad de cristo para entender el valor que tenían. Hoy lo entendí y por eso quiero compartirlo con ustedes, para que podamos finalmente hacer de este un mundo mejor.

Quizás haya sido porque mi infancia fue muy humilde, quizás la pobreza alentó que se generarán las condiciones materiales para *ma petite revol* (o revolución), lo cierto es que el rol de la mujer en este mundo me resultaba algo conflictivo.

Me gustaban los juguetes caros y no los podía tener, me acuerdo particularmente del deseo que me inspiraba tener un Jeep a batería. Salía 700 dólares, y eso era muchísimo dinero. Eran al menos, en la década de los 90's, la suma de 3 meses de salario. Lo deseaba, lo necesitaba, debía ser mío. La respuesta que obtuve de mis padres, era que eso era imposible por dos razones: Precio y Género. Es decir, yo deseaba algo en el mundo que me estaba vedado por dos accesos: la accesibilidad económica, yo era pobre, y la cuestión de género: yo era mujer y los Jeep a batería son un juguete de varón.<sup>[2]</sup>

Esa fue la primera vez que odie ser mujer. Lo de *pobre*, eventualmente lo podría cambiar, pero "mujer" iba a seguir siendo. Nací mujer. No sabía lo que significaba ser mujer, pero me resultaba un dato ontológico que se resumía fatalmente en limitar mi capacidad de goce.

La segunda vez que odie ser mujer, fue cuando me dijeron que mi padre deseaba mucho tener un hijo varón, pero me tuvo a mí y con el tiempo se fue encariñando, sobre todo porque no le costaba mucho, puesto que yo era "inteligente como un varón".

Con el tiempo comencé a rechazar amplios aspectos de lo femenino y, en cambio, admiraba las cosas y las libertades de los varones, pues ellos podían ejercer algo que se me prohibía, el PODER.

Y yo quería eso, quería la suma y el ejercicio del poder. No quería tener un pene, ni siquiera lo envidiaba en su practicidad a la hora de orinar, este curioso miembro representaba en mí la suma de los privilegios a los que se podía llegar. Ser héroe, no víctima. Ser fuerte, no débil. Ser un conquistador, no una parcela conquistada. Ser Cazador, no una presa de caza.

Las tareas de cuidado, es decir, ser la mano de obra gratuita de los quehaceres domésticos<sup>[3]</sup>, eran todas cosas que me resultaban repulsivas y humillantes.

Me parecía muy injusto, tener que limitar mis deseos o capacidades por el hecho de haber nacido mujer y entendía las tareas de "las amas de casa" (muchas veces mujeres que no eran ni amadas, ni dueñas de la casa en la que vivían), como la sumisión pasiva de personas

---

<sup>1</sup> Abogada. Docente universitaria. Asesora institucional. Militante política. Miembro de REDIPAL.

débiles a un servilismo humillante y degradado. Yo no quería ser una sierva, pero lo era por condición de cuna. Si había una reunión, bastaba la sola presencia masculina para que se esperara de mí una actitud de servicio inmediata y dócil. Cuando me rebelaba, la cofradía de mujeres que se turbaba el espacio frente a las hornallas de la cocina, me notificaba mi cruel destino. “El lugar de la mujer es la casa. Atrás del marido”. Así mismo, entre mis propias familiares, se me cuestionaba de “desviada”, “potencial lesbiana”, “Machona”, “Marimacho”, “Machita”...y la lista sigue.

Hasta aquí, Freud hubiera sugerido que me incomodaba mi condición de “castrado”. Que buscaba reemplazar la ausencia de falo. Lacan, diría de mí que tenía una “falta”. Diría el psicoanálisis antes de tener una perspectiva de género, que esa “falta” la intentaría llenar con la idea de una familia, de tener hijos.

Bajo estos condicionamientos que me generaban demasiadas inquietudes entre las que se destacaba develar cuál era la razón fundante del orden social tal y cómo estaba determinado, fue que decidí estudiar derecho. Que la Universidad sea pública y gratuita en mi país, ayudó mucho.

Me dediqué a buscar respuestas en la academia. ¿Cómo se conformó el poder antes? ¿Quiénes tienen el poder ahora? ¿Por qué mandan los que mandan? ¿Cómo se legitima el poder? ¿Por qué obedecen los que obedecen?

Pasé por los clásicos griegos: amé a Platón, lloré la muerte de Sócrates. Me puse a disposición del Gran César, admiré a Egipto. Debatí con Maquiavelo. Seguí atentamente el sisma protestante. Conversé con Fray Bartolomé de las Casas. Fumé pipa en compañía de Lenin. Atendí con entusiasmo los sucesos de la revolución mexicana y de la Reforma Universitaria. Me posicioné en las dos guerras mundiales. Sin embargo...eran poquitas las mujeres.

En el año 2011 yo daba clases de Derecho Romano y comenzaba mis primeros pasos en la investigación académica formal. Recuerdo el día en el que mi director de proyecto de investigación en la universidad de Buenos Aires me sugería que si pensaba seguir la carrera académica era mejor que no me casara, pues él había formado a otras antes que a mí y sus carreras terminaban al minuto de pronunciar “Sí, quiero”. La carrera o la familia. “No se puede tener dos maridos”.

En aquel entonces todos los investigadores varones de la Facultad de Derecho eran hombres de familia felizmente casados. Otra vez eran poquitas las mujeres.

¿Cuál es la razón de que exista o subsista un estigma de nacimiento en razón de la situación genital? ¿No resulta la cuestión genital aún más ridícula que la cuestión racial? ¿Por qué se busca en la ciencia argumentos positivistas o biologicistas para perpetuar una condición evidentemente artificial? Como dijo en 1949 Simone de Beauvoir, No se nace Mujer. ¿Por qué en pleno siglo XXI seguimos padeciendo categorías de siglos anteriores? ¿no habíamos evolucionado? ¿No nos gobierna acaso el consumo? ¿Acaso mi dinero no vale?

A esta época que se le llama “Posmodernismo”, no se le fueron las malas mañas de lo moderno.

La modernidad se conformó eurocéntrica y androcéntrica. Es decir, la situación de la mujer latinoamericana es la misma que viene arrastrando desde la sugerencia de Aristóteles en su obra “La Política”, es decir, junto a los niños y esclavos, bajo los hombres libres. Todo esto sumado al pequeño detalle de nuestro pasado colonial si nos paramos frente a lo moderno desde una perspectiva situada.

Al refrescarnos la memoria respecto de nuestro pasado colonial y la historia de nuestro saber científico legítimo, por ejemplo, haciendo una historia de nuestras universidades, el

problema de las consecuencias de la condición genital deviene político, y si es político, es epistemológico. Al decir de Paulo Freire, La educación no cambia el mundo, cambia las personas y las personas son las que cambian el mundo.

Sin duda el mayor avance del siglo XX fue la universalización de la condición humana y la posibilidad de ejercicio de derechos políticos de la mujer.

Pero hay algo... algo incomoda. Algo brota, algo genera malestar. Hay dificultad en las relaciones. Se ve con recelo a los movimientos feministas, ni hablemos de las diversidades de identidad sexual. El humor traduce misoginia y homofobia. Los femicidios aumentan... hay un fantasma que recorre Latinoamérica, y es el fantasma del machismo.

Nuestros Estados modernos se consolidaron después de varios años de procesos emancipatorios. Podríamos decir que el proceso emancipatorio latinoamericano abarcó de 1806 a 1824 y, con gran dificultad, recién a fines del siglo XIX quedan consolidados los Estados modernos en la región. Esta conformación, arrastraba una ideología, una filosofía respecto del lugar del hombre y el poder. Dije bien, del hombre. Uno de los responsables de estas ideas ordenadoras fue Rousseau, que, si bien es un autor fabuloso, un disruptivo de su época (segunda parte del siglo XVIII) y una persona con una vida personal muy particular, pues si bien no cuidó de sus propios hijos, es el padre epistemológico de un tal "Emilio." "Emile, o de la educación", es la historia novelada del joven Emilio, desde su nacimiento hasta su vida adulta y de cómo este debe ser educado para ser un ciudadano de bien, un suscriptor del Pacto Social, de la República, de la Democracia.

Es considerado el primer tratado pedagógico y es el reservorio de la suma de todos los prejuicios de género de Latinoamérica, a raíz de su libro IV.

¿Qué hacemos con todas las citas de autoridad? ¿Qué hacemos con los clásicos? ¿Tiramos las estatuas al río? ¿Qué hacemos con Rousseau? ¿Qué hacemos con esos Emilios? ¿Los matamos? ¿Les hacemos decir lo que no dijeron? ¿Los castramos?

No. Lo que tenemos que hacer es educarlos, educarnos. Debemos suscribir y reescribir un nuevo Contrato Social.

No somos aquella sumisa Sofía, la prometida de Emilio. Hoy podemos construir nuestro futuro, no tenemos que pedir permiso para vivir, ni para abrir la puerta, ni para salir a jugar. No hay más límite que el respeto al otro.

La libertad de la mujer en la historia de la humanidad fue un límite constante al *ser* y al *hacer*. Hoy esos límites deben derrumbarse y usarse esos escombros para la construcción de puentes hacia nuevas formas de unión y convivencia.

Lo que la pandemia del COVID 19 vino a consolidar no es el estado moderno, como en el siglo XIX y XX, sino que se ha querido consolidar el patriarcado. Esta consolidación del machismo y de las tensiones de poder al interior de los hogares -dónde la lucha contra el virus solo ha encontrado la prevención en el encierro doméstico- ha podido visibilizar (gracias a la comunicación propia de este siglo) cómo las tareas de cuidado, esas que tanto odie, eran patrimonio exclusivo de la responsabilidad femenina.

Esta pandemia puede ser una pandemia de las oportunidades, esta visibilización puede ser un llamado a la toma de conciencia. Para realizar tareas de servicio y de cuidado del otro, no hace falta realizarlas con las con los genitales, basta simplemente un poco de buena voluntad y un poco de educación al respecto. Como diría el General Perón, aquí se espera que se produzca al menos lo que se consume.

El Coronavirus ha puesto en jaque el rol del estado y su injerencia en la vida privada de las personas en la región y en el mundo.

Respecto del Estado diremos que se ha puesto de manifiesto la necesidad de un estado presente y no reducido -cómo se alentaba desde la tribuna del neoliberalismo- sino un estado que atienda las necesidades y las demandas de su pueblo como lo hace una madre, es decir, tras la emergencia sanitaria queda de manifiesto la necesidad de un *estado maternal*.

Respecto del rol de la mujer, frente a sí misma y frente al mundo, plantearé que deviene falaz el argumento pseudoreligioso que ha permitido el trato discriminatorio a las mujeres, posicionándolas en un rol maternal y de servicio, ya que es dable recordar que quien hizo más tareas de cuidado en toda la Biblia fue el propio Jesucristo, nada más que el mismísimo hijo de Dios hecho hombre; y que, aquello que llamamos misa, no es ni más ni menos que el recordatorio constante de cómo este muchacho -Jesús- entregó su vida por nosotros y cómo servía el pan y el vino y lavaba los pies de las personas que fueron a cenar con él aquel último jueves. Si el propio Jesús pudo realizar tareas de cuidado cualquier hombre menos santo puede (y debe). Reescribamos el Contrato Social, pero esta vez, suscribámoslo todas, todos, todes.